

La cuarta pata

Bombara, Paula

La cuarta pata / Paula Bombara ; coordinación general de Laura Linzuain ; dirigido por Laura Leibiker ; ilustrado por Pez. - 2a ed. 1a reimp.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2022.

136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre amarilla)

ISBN 978-987-545-847-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Linzuain, Laura, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Pez, ilus. IV. Título.

CDD A863.9282

© Paula Bombara, 2006

© Editorial Norma, 2006

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: enero de 2006

Segunda edición: diciembre de 2019

Primera reimpresión: marzo de 2022

Impreso en la Argentina — *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación de la segunda edición: Laura Linzuain

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091122

ISBN: 978-987-545-847-5



La cuarta pata

Paula Bombara

Ilustraciones

Pez

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

*A Susana, por ayudarme a encontrar mi voz
y a experimentar con ella.*

El Corazón

Mis primos y yo teníamos que pasar por debajo de una telaraña gigantesca que brillaba al sol. Verónica era la primera, pero estaba tan quieta que todos empezamos a apurarla. Miramos hacia los costados del sendero: la selva nos cerraba el paso. Helechos encimados a enredaderas, plantas naciendo sobre los troncos, ramas perdidas que cruzaban el verde. No había suelo libre donde dar una pisada. El único modo de internarnos en la selva era caminar por el sendero que seguíamos.

El movimiento de los árboles y una brisa caliente con gusto a tierra zarandeaban la red delicada tejida por la araña. Sin embargo, su presencia era como un muro de cemento.

—Pero Vero, es una telita... Ni siquiera se ve la araña —Juan habló mientras veía los rayos de sol que se filtraban por la red.

—Una telita, una telita... Debe tener como un metro de ancho —murmuró Sebastián.

—¿Qué? ¿A vos también te da miedo? —Juan miró a su hermano.

—¡Obvio! ¡Esa tela es más grande que la ventana de nuestro cuarto! ¿iMirá si aparece la araña!?

—Y vos, ¿por qué no la cruzás si sos tan canchero? —preguntó Micaela mientras avanzaba por el sendero sin mirar hacia arriba.

Ninguno de nosotros se asombró; Mica siempre había sido la más valiente de todos.

Animados por Micaela, pasamos uno tras otro por debajo de la telaraña, como si tuviéramos que pagar entrada a la selva. Yo fui la última.

Los chicos me ofrecieron ayuda. Tomé sus manos. Podía sola, pero la tierra estaba húmeda y no quería resbalarme.

Nos pusimos a andar nuevamente. La selva subía por el morro sin tregua ni descanso. El sendero estrecho que nos llevaba, rojo anaranjado, contrastaba con el verde intenso de los helechos y los árboles.

Las voces de los animales nos obligaban a callar. Escuchábamos gritos, cantos, aleteos, movimientos serpenteantes entre las hojas. La selva tenía tanto sonido como el mar que nos esperaba al pie del morro.

—¿Cuánto falta? —pregunté al aire.

—¿Qué? ¿Estás muy cansada?

—¿Querés que te lleve a caballito?

—Si querés volvemos ahora, Lu...

—No, chicos. Solo quiero saber si alguien se fijó cuánto falta. Nada más.

—A ver, esperen que me fijo —dijo Vero abriendo un mapa.

Según el mapa faltaban unos seiscientos metros para llegar a “El Corazón”.

—¿Por qué se llama “El Corazón”?

—Porque es el centro de la selva, Sebas —le respondió Juan como si supiera.

—No, Juan, nada que ver. Mi papá me contó que se llama así porque hay un tronco de árbol con forma de corazón —corrigió Mica.

Reanudamos la caminata. Las chicas iban adelante, Juan las seguía de cerca y Sebas y yo, un poco más alejados. Un insecto que jamás habíamos visto, azul tornasolado, nos demoró unos minutos.

—Parece un cascarudo...

—Tiene como un cuerno en la cabeza ¿viste? —Sebas lo señaló con un palito.

Me acerqué al bicho y estaba por tocarlo con mi dedo cuando las chicas dieron un grito y salieron corriendo.

—¡“El Corazón”! ¡Ahí está!

Juan, Sebas y yo también corrimos.

Allí estaba “El Corazón”: un árbol petiso, con un tronco grueso de corteza oscura.

—Nos contó papá que este árbol fue talado dos veces. La primera, normal, con una máquina.

¡Prrrrrrr! A esta altura —Mica señaló una marca profunda que dividía horizontalmente el tronco—. La segunda fue a hachazos: un tipo que estaba furioso con la mujer vino hasta acá y se desquitó con el tronco. Le dio con un hacha. Esa que ven ahí.

Casi a ras del suelo, un palo de madera más clara y pulida asomaba del tronco.

—¿Ese palo que sale es un hacha? —se asombró Juan.

Sebas se paró sobre el mango del hacha. Ni se movió. Era como si el tronco la hubiera apresado con sus raíces. Lo cierto es que, con el paso de los años, la había incorporado, ya muerta y sin filo, a su propia vida. El palo era un trofeo de guerra de “El Corazón”.

—Claro. Fíjense —continuó Micaela—. El tronco parece un corazón de verdad —Mica puso las manos en las dos partes de abajo del tronco—, estos son los ventrículos, separados por la ranura vertical que dejó el hacha. Y estos dos de arriba, las dos aurículas.

—Y las ramitas que salen de arriba vendrían a ser las arterias.

—¡Claro! ¡Qué bueno, Lu! Y las raíces podrían ser las venas —agregó Vero, entusiasmada.

—Sí, pero las plantas no tienen ni arterias ni venas. Son distintas.

—Bueno, Juan, pero este tronco parece un corazón. ¿O me vas a decir que no?

Cuando vi que Mica y Juan empezaban a discutir “porque sí”, di media vuelta y caminé por el





sendero hacia un claro lleno de redondeles de luz. Cuando llegué, me puse dentro de uno de los redondeles. Miré hacia el sol. La luz me hizo cosquillas.

De pronto sentí una sombra. Abrí los ojos y me encontré con otro par de ojos. Me miraban desde la rama de un árbol. Eran ojos de felino.

Éramos la selva, los ojos y yo.

Di un paso atrás. La selva ocultaba el cuerpo de esos ojos ¿Era un jaguar? Poco a poco pude ver su tamaño, los colores de su piel, sus orejas. Sí, era un jaguar. Retrocedí unos pasos.

No fue el miedo lo que me hizo retroceder. Había algo muy raro en ese animal; del pecho le salía una única pata delantera, que reposaba a lo largo de la rama. Lo creí herido, pero no se veía sangre ni señal alguna de que el jaguar se sintiera mal.

Llamé a los demás. El jaguar, luego de mirarnos uno a uno y bostezar, sin perder su elegancia se incorporó y se fue andando por encima del árbol con sus tres patas, hasta que desapareció de nuestra vista.

2

La historia del mono

—... **Y** cuando llegamos a “El Corazón” vimos un guepardo...

—¡Ay, qué bruto! ¡Era un jaguar!

—... bueno, un jaguar... con tres patas...

—Sí, tenía tres patas perfectas pa, te lo juro.

—Pero la de adelante le salía del medio.

—Era como si le hubieran metido su única pata delantera en el medio del pecho.

Los cinco hablábamos al mismo tiempo mirando a mi tío Ezequiel, que tomaba una cerveza mientras nos escuchaba.

—¿Y? ¡Pa! Tenés que explicarnos qué es eso. ¿Vos lo viste alguna vez? —lo apuró Micaela.

—Eso, tío, ¿cazaron un animal así alguna vez? —agregó Juan.

—¿¡Cómo van a cazar si la isla es una reserva ecológica!? —le contestó Sebas haciéndole una mueca.

—Lu —mi tío me miró atentamente—, ¿te sentiste bien caminando por la selva?

—Sí, tío, gracias —aprecié que mi tío se preocupara por mí, pero la curiosidad me estaba matando, así que dije—: ¿Sabés algo del jaguar de tres patas?

—¡Ja, ja! Está bien, ya entendí. Sí, sé algo, pero no se entusiasmen. La selva tiene tantos secretos como lianas. Y muchos se han perdido para siempre entre las lianas...

Mientras Ezequiel miraba hacia la selva buscando el comienzo de su historia, yo me fijé en sus manos, que aferraban la lata de cerveza. Tenía cicatrices y las venas le saltaban por debajo de la piel. Era bueno estar con mi tío y mis primos otra vez.

Mi familia es un lío. Viajamos, nos mudamos, siempre cambia algo. Lo único que se repite desde que somos chicos es que todos los veranos mis primos y yo nos juntamos en algún lugar del mundo. Esta vez tocó en la casa de mi tío Ezequiel, y cuando nos toca pasar el verano con él, en la isla donde vive, hay misterios y hay historias.

Mis tíos Ezequiel y Vanesa se separaron cuando Vero tenía dos años y Mica cuatro. Durante unas vacaciones, él conoció esta isla. Tanto le gustó que se mudó aquí y construyó una de las primeras posadas del pueblo.

Algo le decía que este lugar, con una campaña de turismo intensiva, podía transformarse en un buen negocio. Ya habían pasado más de ocho años de



aquel momento y ahora la isla está llena de posadas y de turistas.

—...y fui el primero en organizar excursiones de buce...

—Papi, ¡ya nos contaste un montón de veces todo esto! ¡¿Qué tiene que ver con el jaguar?! —Vero había dicho lo que pensábamos los cinco.

—Momentito. Si quieren escuchar lo que sé, tienen que oír todo lo que tengo para decir.

—¡Uf, tío, pero sos una máquina de hablar! —dijo Juan con un resoplido—. ¡Así no vas a llegar nunca a la parte que nos interesa!

Mi tío terminó la lata de cerveza de un trago.

—Juan, por decirme “máquina de hablar” estás obligado a traerme de la heladera otra cerveza —mi primo le hizo una mueca de fastidio—. ¿Quieren algo chicos?, él nos trae.

Por supuesto, todos pedimos algo. Siempre era un buen momento para tomar algo fresco.

Mi tío recitó, una vez más, especialmente para Juan, lo que Mica llama “el versito para los turistas”:

—Entre todas las atracciones turísticas que tiene la isla está la reserva ecológica, que ocupa el ochenta por ciento de la superficie. La reserva puede recorrerse por varios senderos que unen el pueblo principal con grupos de casas, playitas escondidas, miradores. El resto de la selva es impenetrable... al menos para los turistas. Los que vivimos aquí conocemos lugares increíbles que mantenemos en secreto. Tal vez los lleve a conocer alguno.

—¡Dale, pa! ¡Vayamos en barco al otro lado de la isla! —se entusiasmó Vero.

—Sí, es una buena idea...

—Buenísimo, tío, pero no nos dijiste nada del jaguar —lo apuró Juan.

—Ya llegaré a eso, antes quiero contarles otra cosa: una historia que los isleños llaman “La maldición del Paraíso”.

—Dicen que si nace alguien aquí, morirá pocas horas después; pero para mí es puro bla-bla —opinó Mica.

—Tal vez sea puro bla-bla —comentó mi tío—, pero es un ritual que se cumple sin excepciones: las embarazadas se van al continente y vuelven recién cuando sus hijos tienen dos o tres meses. Todas aseguran que la maldición no existe, pero nadie deja de irse...

—Aún no veo la relación con las tres patas del jaguar... —dijo Sebas.

—¿Nos estás dando pistas para empezar a investigar? —le preguntó Mica a su papá.

—Mmmm... A ustedes les encantan los enigmas ¿no?

Para darle un impulso a su posada, el tío pensó en organizar excursiones en barco y también por la selva. Y con esa idea en mente se propuso conocer la isla milímetro a milímetro. Cada día salió con rumbo diferente, cubriendo primero las zonas cercanas al pueblo. Luego consiguió un machete y se

animó a pasar la noche en el monte. Así fue alejándose y en varios meses de campamentos cada vez más prolongados recorrió la mayor parte de la isla.

—... conocí a todos los habitantes. En cuanto llegaba a una casucha, aplaudía para anunciarme y me presentaba. Por eso es que me conocen todos. La gente que vive en el interior de la selva disfruta mucho de las visitas porque no es frecuente que alguien descubra la entrada a los caminos disimulados por las lianas y las rocas. Y en una de esas visitas conocí a Joao.

—Eso también ya lo sabemos —dijo Juan, aburrido, pero el resto de nosotros estábamos atrapados por la voz ronca y serpenteante de mi tío.



—¿El viejito que se murió el año pasado? —le preguntó Vero.

—Exactamente. Joao y yo nos hicimos muy amigos. Yo le llevaba comida una vez por semana a cambio de escuchar sus historias de la selva. Joao era médico y vivió en la isla desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Se refugió aquí cuando el pueblo era apenas un puñado de casas. Nunca hablamos de su origen, pero estoy convencido de que era alemán.

El tío Ezequiel no sabía el verdadero nombre de Joao ni su pasado. La única vez que se animó a preguntarle sobre su vida, Joao no respondió en palabras, pero su mirada de piedra filosa y el gesto fruncido de sus labios le dijeron que no estaba dispuesto a hablar de eso. Y mi tío no preguntó más.

—¿Y el jaguar? ¿Dónde entra el jaguar en esta historia? —preguntó Juan.

—No, el jaguar del que ustedes hablan no tiene nada que ver con esta historia...

—¡¡¿...?!!

El tío hizo una pausa para tomar otro trago de cerveza. El sol del atardecer le teñía la cara de fuego. El rumor del mar daba música a la intriga que flotaba entre nosotros.

—Lo que tenía Joao era un mono... Un mono con tres patas... dos traseras y solo una delantera... en medio del pecho.

Índice

1. El Corazón	7
2. La historia del mono	15
3. Noticias de casa	23
4. Accidente en la selva	29
5. Jansi	35
6. Las herramientas	41
7. Una cena de lujo	47
8. Más fácil que flotar de espaldas	55
9. Nos dividimos	63
10. Las cicatrices	69
11. Lo que decían los diarios	77
12. Una torta y más detalles	83
13. ¿Malas compañías?	91
14. La otra llave	99
15. Pedir ayuda	107
16. Ricardo Feitas	111
17. Justicia	117
18. Las pruebas	125